

**INDIVIDUO Y ORDEN EN LA TEORÍA SOCIAL LIBERAL:
WEBER, MISES Y HAYEK**

**Individual and Order in Liberal Social Theory: Weber, Mises,
and Hayek**

**Oswaldo Blanco
Jorge Valdebenito**

Facultad de Salud y Ciencias Sociales, Universidad de Las Américas, Santiago
de Chile, Chile.



Universidad del Alba, Valparaíso, Chile.



Resumen

Contexto: El presente artículo examina las implicaciones metodológicas y políticas de la teoría social liberal-individualista a través de los aportes de Max Weber, Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek.

Metodología: A lo largo del texto, se reconstruyen categorías teóricas fundamentales como acción, valor, tipo ideal, individualismo metodológico y ontológico, la concepción de la historia, y las nociones de los órdenes sociales espontáneos y de dominación. A partir del contraste teórico entre los autores, se examinan los supuestos epistemológicos y políticos que subyacen en sus formulaciones, atendiendo especialmente a sus divergencias respecto al alcance del conocimiento en las ciencias humanas.

Conclusiones: El estudio busca contribuir a una reflexión filosófica sobre esta tradición teórica, particularmente respecto de la escuela austriaca, cuya influencia ha cobrado creciente relevancia en el contexto del fortalecimiento de corrientes de derecha en América Latina. En lo particular, los casos chileno y argentino ilustran cómo esta perspectiva ha comenzado a orientar discursos políticos desde una comprensión específica del orden social. Frente

¿Cómo citar?: Blanco, O. y Valdebenito, J. (2025). Individuo y orden en la teoría social liberal: Weber, Mises y Hayek. *Praxis Filosófica*, (62), e21014628. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i62.14628>

Recibido: 3 de diciembre de 2024. Aprobado: 13 de marzo de 2025.

al ideal del “orden espontáneo” promovido por esta corriente ideológica, sostenemos que el orden social de mercado no es resultado de un proceso evolutivo progresivo, sino que ha sido arbitrariamente impulsado en el marco de coyunturas políticas e ideológicas. En este sentido, el concepto weberiano de orden de dominación revela la contradicción central de la propuesta hayekiana: todo orden social requiere estructuras de dominación y legitimidad que el ideal evolucionista del orden espontáneo niega u oculta. Esta crítica inmanente encuentra confirmación en la lectura de Raymond Aron, quien advirtió que el orden social hayekiano solo podría materializarse mediante la instauración de un orden de dominación no espontáneo, impuesto de facto mediante la violencia.

Palabras clave: *individualismo; acción social; acción humana; orden social; orden espontáneo.*

Individual and Order in Liberal Social Theory: Weber, Mises, and Hayek

Oswaldo Blanco¹

Facultad de Salud y Ciencias Sociales,
Universidad de Las Américas, Santiago de Chile, Chile.

Jorge Valdebenito²

Universidad del Alba, Valparaíso, Chile.

Abstract

Context: This article examines the methodological and political implications of liberal-individualist social theory through the contributions of Max Weber, Ludwig von Mises, and Friedrich von Hayek.

Methodology: Throughout the text, fundamental theoretical categories are reconstructed, such as action, value, ideal type, methodological and ontological individualism, the conception of history, and the notions of spontaneous and domination social orders. Through theoretical comparison among the authors, the epistemological and political assumptions underlying their formulations are examined, with particular attention to their divergences regarding the scope of knowledge in the human sciences.

Conclusions: The study seeks to contribute to philosophical reflection on this theoretical tradition, particularly regarding the Austrian School, whose influence has gained increasing relevance in the context of the strengthening of right-wing currents in Latin America. Specifically, the Chilean and Argentine cases illustrate how this perspective has begun to shape political discourses from a specific understanding of social order. Confronting the ideal of “spontaneous order” promoted by this ideological current, we argue that the market social order is not the result of a progressive evolutionary process, but has been arbitrarily driven within the framework of political and ideological conjunctures. In this regard, the Weberian concept of order of domination reveals the central contradiction of the Hayekian proposal: every social order requires structures of domination and legitimacy that the evolutionist ideal of spontaneous order denies or conceals. This immanent

¹ Académico Investigador de la Facultad de Salud y Ciencias Sociales, Universidad de Las Américas, sede Santiago Centro. Chile. Doctor en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado, Chile.

² Docente universitario. Doctor en Estudios Interdisciplinarios, Universidad de Valparaíso, Chile.

critique finds confirmation in Raymond Aron's reading, who warned that the Hayekian social order could only materialize through the establishment of a non-spontaneous order of domination, imposed de facto through violence.

Keywords: *Individualism; social action; human action; social order; spontaneous order.*

INDIVIDUO Y ORDEN EN LA TEORÍA SOCIAL LIBERAL: WEBER, MISES Y HAYEK

Oswaldo Blanco

Facultad de Salud y Ciencias Sociales, Universidad de Las Américas, Santiago
de Chile, Chile.

Jorge Valdebenito

Universidad del Alba, Valparaíso, Chile.

I. Introducción

El presente artículo aborda las dinámicas del individualismo para estudiar la acción y los órdenes sociales en las teorías sociológicas de Max Weber y las perspectivas económicas de Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek. Comienza desarrollando los conceptos de *acción social* de Weber y *acción humana* de Mises, con el propósito de establecer un primer nivel de diferencias. Se distingue que mientras la acción social en Weber está guiada por un sentido subjetivo que refleja diversas formas de relaciones y órdenes sociales, la acción humana de Mises se concibe desde principios abstractos y ahistóricos que enfatizan en una base lógica y deductiva de la acción individual en un contexto de escasez.

En relación con lo anterior, el problema del *valor* y el uso de los *tipos ideales* son las primeras diferencias entre ambas perspectivas. En el fondo de esta controversia, subyace el problema de cómo entender la historia. Mientras que el individualismo metodológico inspirado en la *Verstehen* weberiana contrasta con un individualismo cercano a una formulación ontológico-político abstracta, las nociones de valor, tipo ideal y el alcance de la historia se convierten en elementos problemáticos, mostrando implicaciones para la teoría social y política.

Posteriormente, se desarrolla una aproximación a las formas de definir el orden social. En Weber, esto lleva al problema de la dominación y la legitimidad, mientras que en la escuela austríaca se observa un tipo de orden social espontáneo basado en el mercado. Esta diferencia en la concepción del orden social destaca un segundo abismo entre las teorías de Weber y los dos autores austríacos. A partir de ello, se sistematizan las aproximaciones a las formas en que los órdenes sociales se estructuran, tanto desde la perspectiva de la dominación weberiana como desde los órdenes emergentes

de la perspectiva austríaca. El objetivo es proporcionar un marco teórico que habilite el análisis de los sistemas sociales en diferentes contextos, mostrando otra diferencia entre ambos corpus.

En suma, el análisis permite comparar a Weber con estos dos autores austríacos por dos caminos distintos. El primero enfrenta al sociólogo alemán con Mises en relación con el problema de la acción, el valor, el tipo ideal y el alcance del conocimiento histórico para las ciencias sociales. En segundo lugar, se confronta a la concepción de orden social weberiano con el trabajo realizado al respecto por Hayek, contraponiendo conceptos como dominación, legitimidad y emergencia del orden social.

II. Acción humana y acción social

Un punto inicial se relaciona con el problema de la acción, que puede desarrollarse al contraponer la concepción de Max Weber con la definición de su gran lector y crítico, Ludwig von Mises. En el enfoque del sociólogo alemán, además de trascender lo meramente instrumental, la acción es inherentemente *social*. Su sociología no pretende abarcar el universo completo de las acciones humanas, sino que se centra específicamente en el campo de la *acción social* (Weber, 2010, p. 171). Guiado por la referencia al estudio del *valor* y la *comprensión* (*Verstehen*), la acción social será el conjunto de acciones cuyo *sentido* o significado, así como su desarrollo en el tiempo, se encuentra referido a otros, sea un individuo, un grupo o varios, sean conocidos o completamente desconocidos (Weber, 2008, p. 19). Así, la acción social siempre estará orientada por las acciones de otros (queriendo influir u omitir la acción de otros), debiendo ser estudiada e interpretada en términos de sus conexiones y efectos (Weber, 2008, p. 5). La *acción social* es la base de las *relaciones sociales*, en la medida que el *sentido* que orienta la acción puede llegar a ser recíprocamente compartido o reconocido por más de un individuo. En la acción social, este sentido —por más que pueda referirse a otro individuo— reside siempre en la mente individual. Por el contrario, en la relación social el sentido habita en varias mentes, conectándolas entre sí como un sentido colectivamente orientador.

La durabilidad de la acción social dependerá de la repetición continua de conductas y sentidos, siendo más duraderas aquellas relaciones con orientaciones permanentes que se convierten en *máximas* para los individuos (Weber, 2008, pp. 27–29). Como consecuencia, las acciones y relaciones sociales que mantienen regularidades a lo largo del tiempo se convierten en órdenes sociales. De esta forma, la sociología weberiana puede entenderse como una disciplina que estudia el orden social.

Por su parte, Mises define la acción humana como una serie de operaciones desplegadas por los individuos para alcanzar fines y objetivos. La escasez de los medios usados en el desarrollo de la acción individual la convierten en una actividad económica. Tal y como señala Mises, “actuar significa esforzarse para alcanzar fines, esto es, escoger un objetivo y recurrir a medios para alcanzar el objetivo perseguido” (Mises, 2012, p. 29). Los individuos emplean racionalmente medios escasos para lograr sus objetivos deseados, intentando mejorar su situación actual. Además, el carácter *individual* de este proceso es una premisa que tiene validez universal y prioritaria por sobre su posible carácter *social*. En consecuencia, la *acción social* es explícitamente definida por Mises como un caso especial, un verdadero subconjunto de la universal acción humana (Mises, 2018, p. 50).

Según Mises, la *praxeología* es la ciencia que estudia la *acción humana*, entendida como acción económica basada en la toma de decisiones para satisfacer necesidades y deseos en contextos de escasez de medios y recursos. Esta disciplina analiza el modo en que los individuos eligen económicamente entre diferentes alternativas para optimizar sus resultados, considerando elecciones y conocimiento limitado sobre precios, mercados, producción y consumo (Cubeddu, 1997, pp. 55-86). En tanto ciencia de la acción individual, la praxeología es el fundamento de las ciencias sociales: mientras que las ciencias naturales estudian la *causalidad*, las ciencias sociales se centran en la *acción teleológica*, es decir, la acción que persigue racional e instrumentalmente unos fines determinados (Mises, 2012, p. 32).

La propia categoría o concepto de acción comprende los conceptos de medios y fines, de preferir y renunciar, a saber, de valoración, de éxito o fracaso, de beneficio, de pérdida, de coste. Puesto que ninguna acción puede ser concebida y emprendida sin ideas definidas sobre la relación entre causa y efecto, la teleología supone la causalidad. (Mises, 2012, p. 34)

Mises critica a Weber por diferenciar acción racional de la no-racional. Para el economista austríaco, toda acción humana es racional en la medida que siempre conlleva la distinción medios-fines. La ciencia no busca interpretar sentidos, ni determinar si la acción humana está guiada por motivos racionales o no-racionales. Weber se equivocaría al clasificar acciones racionales (con *arreglo a fines y a valores*) y no-racionales (*tradicional y afectiva*). Lo fundamental radica más bien en el principio económico de la acción humana. Por lo mismo, todos los valores pueden ser expresados económicamente (racionalmente), incluso aquellos más profundos, extravagantes y aparentemente irracionales.

Para Mises, toda *valoración* sobre un bien es instrumental; las acciones orientadas a alcanzar determinados fines, así como las decisiones de compra y venta que pueden implicar, se fundamentan en valoraciones subjetivas respecto a bienes y servicios (Mises, 2018). Esta convicción se basa en la obra de Carl Menger, quien estableció que estas valoraciones subjetivas de los bienes están determinadas por la utilidad marginal obtenida al consumir una unidad adicional del bien o servicio. A medida que los individuos consumen más unidades de un determinado bien, el placer y disfrute de cada nueva unidad tiende a disminuir, lo que influye en la valoración y el precio que están dispuestos a pagar (Menger, 2020). Este es un claro ejemplo de cómo el estudio de la acción humana se fundamenta en axiomas universales, donde los individuos actúan con propósito, orientados por ideas y motivos (Mises, 2012)³.

En resumen, la sociología weberiana se preocupa por la acción social, entendida como acción individual orientada por acciones y sentidos de acción de otros. Cuando un sentido que orienta la acción es compartido por uno o más individuos estamos frente a una relación social. Además, cuando las acciones sociales perduran en el tiempo se forma un orden social. De esta manera, puede afirmarse que una preocupación central de Weber es el orden social, mientras que la escuela austríaca se centra en la acción humana abstracta y ahistórica. La noción de *sentido* o *valor* en Weber es relacional, mientras que la de Mises y, por lo mismo, la de los austríacos, es una valoración respecto de un bien o estado de cosas deseable. Esto último implica que la praxeología austríaca se basa en la premisa universal de que la acción humana implica el uso racional de medios escasos para alcanzar fines deseados. La clave allí es en enfatizar en la noción de que se opera en un contexto económico de escasez y que el orden social estará siempre supeditado a la acción individual.

III. El individualismo metodológico y la *Verstehen*

La *Methodenstreit*, o *disputa del método*, fue un debate iniciado alrededor de 1890 en Alemania. Se incubó, principalmente, en el seno de las ciencias económicas, aunque alcanzó relevancia para el conjunto de las ciencias sociales (Rossi, 2006). Uno de sus protagonistas fue Carl Menger, fundador de la escuela austríaca de economía, quien se posicionó contra la escuela

³ Aunque este axioma es universal y a priori, no se basa en un valor moral absoluto. De este modo, el término *valor* en el marginalismo austríaco se despoja del acervo ético propio del imperativo absoluto kantiano. En tal sentido, la valoración es completamente contingente (e indiferente) al bien que los individuos estiman beneficioso o deseable.

historicista alemana. Para esta última, únicamente las ciencias naturales estaban destinadas a establecer leyes universales, facultad que Menger extiende igualmente hacia las ciencias humanas y económicas (Cubeddu, 1997, pp. 55–86). Para Menger, el estudio de lo económico puede establecer leyes universales por medio de principios abstractos y deductivos de la acción individual (Menger, 2006). De este modo, se aleja del historicismo y su formulación de un conocimiento inductivo desde la suma de estudios empíricos.

El debate de la *Methodenstreit* se fue enriqueciendo con diversas fuentes, entre las que destacaron las contribuciones neokantianas de mediados del siglo XIX. Estas abordaban problemas relativos a los fundamentos, métodos y límites de la ciencia, historia, moral, arte, religión y lenguaje, entre otros. Para dicha corriente, la filosofía debía volver a ser lo que fue para Kant: un análisis de las condiciones de validez de la ciencia y otras actividades humanas. En particular, dos filósofos resultan relevantes: Wilhelm Windelband y Heinrich Rickert. Ambos contribuyen en la fundamentación de la historia como ciencia y en la *filosofía de los valores*, oponiéndose al positivismo y al idealismo metafísico–espiritualista. En tal sentido, la influencia de Kant se manifiesta de múltiples maneras en la obra de Weber y de los economistas austríacos, especialmente en torno al problema de los *valores*.

Para el sustento metodológico de las ciencias históricas y culturales resultó esencial la distinción de Windelband entre ciencias *nomotéticas* (orientadas a descubrir leyes generales) y ciencias *idiográficas* (que se centran en eventos particulares) (Reale y Antiseri, 2021, pp. 400–412). El problema central fue cómo estudiar fenómenos sociales, diferenciándolos de los métodos de las ciencias naturales y del positivismo. Windelband argumentó que, a diferencia de los juicios de hecho, la filosofía y la ciencia sobre lo humano se ocupan esencialmente de *juicios valorativos*. Por su parte, Rickert señaló que las ciencias humanas se centran en la cultura, entendida como *el reino de los valores*. El mundo humano está repleto de valores: el lenguaje, las normas sociales, la religión y los mitos son todos productos humanos contruidos por valores (Rickert, 1943; Reale y Antiseri, 2021, pp. 400–403, 412–413).

La filosofía del valor de Rickert influyó significativamente en el ambiente intelectual de su época. Aunque no hay evidencia de que Menger haya sido directamente influenciado por él, su perspectiva subjetivista del valor económico —es decir, la importancia de la subjetividad en el proceso de valoración— comparte elementos afines con la obra del filósofo. Por su parte, Weber mostró ser un lector atento del neocriticismo alemán,

particularmente del método al valor de Rickert, integrándolo de manera ecléctica con la tradición hermenéutica más idiográfica de Dilthey (Weber, 2006). Precisamente, en la obra de Weber se identifican dos líneas donde el valor adquiere centralidad: a) el ejercicio donde el científico *recorta* un segmento de lo real para hacerlo objeto de estudio, b) el principio metodológico de la *comprensión* de la acción social. Ambas significaciones se entrelazan, otorgando al individualismo weberiano una configuración que combina un enfoque centrado en el valor (como recorte de la realidad) y otro centrado en la tarea de la interpretación y comprensión.

La primera acepción señalada implica el ejercicio de selección de fenómenos, así como la construcción misma del saber científico por medio de *conceptos puros* o *tipos ideales*. El saber sociológico no accede a la realidad social en sí misma, sino que elabora abstracciones para establecer un ordenamiento racional de la realidad mediante tipos ideales. Estos últimos sirven para modelar y formalizar la realidad, destacando sus rasgos centrales. La construcción de tipos ideales era para Weber una expresión del esfuerzo de las disciplinas científicas para conferir inteligibilidad a la materia. Por ende, el tipo ideal es una construcción intelectual que aísla una particularidad acorde al interés sociológico. Esta selección de aspectos se realiza siguiendo el consejo de Rickert en relación con el valor.

La premisa trascendental de toda *ciencia de la cultura* (...) [consiste] en que *somos* hombres de cultura, dotados de la capacidad y la voluntad de tomar conscientemente *posición* ante el mundo y de conferirle *sentido*. Y este, cualquiera que sea, conducirá a que en la vida *juzguemos* determinados fenómenos de la coexistencia humana a partir de él, y a que tomemos posición frente a ellos como *significativos* (positiva o negativamente). Además, sin que importe cuál sea el contenido de esta toma de posición, tales fenómenos tienen para nosotros *significación* cultural y únicamente en ella estriba su interés científico. (Weber, 2006, p. 70 [cursivas en el original])

Este párrafo exhibe la profunda influencia que tuvo en Weber el neocriticismo y el problema del *valor* de Rickert. Nótese que, en lugar de considerar los valores como imperativos categóricos universalmente válidos, el neocriticismo los ve como significativos para individuos o comunidades históricas particulares. Esto es relevante para la investigación científica, dado que los valores se entenderán como objetos particulares de estudio para acceder a la especificidad de contextos determinados. Así, para el neokantismo los valores arbitrarios y parciales ayudan a *recortar* la realidad, en cuanto sean socialmente relevantes. El método de *selección del valor*

busca, precisamente, individualizar el valor (sentido) que resulta de interés científico en sus características más puras.

La corriente del acaecer inconmensurable fluye de manera incesante hacia la eternidad. Siempre de nuevo y de maneras distintas se configuran los problemas culturales que mueven a los hombres. Y con ello se mantiene fluctuante el círculo de lo que, para nosotros, presenta sentido y significación entre el flujo permanente de lo individual, y que se convierte en individuo histórico. (Weber, 2006, p. 73)

El tipo ideal facilita la comprensión de conjuntos históricos al centrar la atención en la *individuación* de un significado o sentido socialmente relevante. Weber denomina *individuación histórica* a este proceso de recorte o aislamiento del objeto de estudio. Por ejemplo, en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, sostiene que la formulación del objeto de estudio se realizó a través de este proceso.

En el título de este estudio se emplea el concepto un tanto pretencioso de *espíritu del capitalismo* ¿Qué debemos entender por ello? Si tratamos de buscar algo así como una *definición* de este concepto, toparemos en seguida con ciertas dificultades que radican en la naturaleza misma del objeto que se investiga. Si es posible encontrar un objeto al que resulte aplicable aquella denominación, sólo podrá ser una *individualidad histórica*, esto es, un complejo de conexiones en la realidad histórica, que nosotros agrupamos conceptualmente en un todo, desde el punto de vista de su significación cultural. (Weber, 1984, p. 53)

Aquí se manifiesta con claridad la segunda acepción del concepto de individualismo mencionada anteriormente, vinculada al aspecto metodológico de la *Verstehen*. Su objetivo principal es comprender la acción a través del sentido o valor (inter)subjetivo que la orienta, aislándolo como si fuese un objeto en sí mismo. Así, la tarea de la sociología weberiana es explicar el orden social a partir del sentido individualizado que guía las acciones de los individuos. La ciencia social es metodológicamente individualista, estudiando el sentido y las valoraciones que los individuos le asignan a sus acciones y, más generalmente, a su vida con otros individuos. No es una aprehensión psicológica, sino una construcción mental que recorta la realidad, individualizando un valor e *imputándolo* como motor de la acción (Weber, 2006). De este modo, grandes fenómenos sociales e históricos (como el capitalismo, la racionalización, la dominación, entre otros) son estudiados a partir de las orientaciones de las acciones recíprocas entre los

individuos imputadas por el científico social. Además, los participantes en las relaciones sociales esperan de los demás ciertos tipos de conductas, a partir de lo cual conduce su propia acción. Esta reciprocidad en cuanto a la conducta esperada de los otros es un elemento fundamental de la sociología weberiana.

En conclusión, la sociología comprensiva de Weber concibe el concepto de tipo ideal como un elemento fundamental para la construcción de su teoría, ya que modeliza y da forma a la realidad social e histórica al resaltar los rasgos esenciales de los fenómenos estudiados. Esta construcción mediante los tipos ideales se centra en acciones, relaciones y órdenes sociales basados en los sentidos que orientan la acción de los individuos. Así, se trata de una sociología subjetivista e individualista, basada en la premisa de la comprensión de la acción social a partir de los valores y significados desde los individuos. Tal y como veremos más adelante, el orden social se explica por la comprensión de las orientaciones y significados subjetivos que guían las acciones individuales, interpretación que es una imputación de sentido hecha a partir de aislarlo intelectualmente y convertirlo en un tipo ideal.

IV. Individualismo ontológico y universalidad ahistórica

Ludwig von Mises es, sin duda, el economista austríaco que más atención prestó a la obra de Max Weber. Ambos comparten el principio de que la acción de los individuos está orientada subjetivamente. Sin embargo, Mises no desarrolla una ciencia económica basada en la *interpretación* de estas acciones. Su individualismo se fundamenta en la premisa de que la acción humana está guiada por ideas y sentimientos, sin un acercamiento a la psicología, a la hermenéutica o a la comprensión interpretativa.

Es importante aclarar que el individualismo de la escuela austríaca tiene una connotación propia, distinta de otras formas de individualismo. Se diferencia explícitamente del individualismo cartesiano racionalista, que sostiene que la sociedad está compuesta por individuos que proyectan soberana y conscientemente sus instituciones políticas, por ejemplo, mediante contratos sociales (Cubeddu, 1997, p. 94). En contraposición, se propone una visión de individuos socializados que, con conocimiento limitado y a menudo de manera inconsciente, forjan instituciones a partir de la propia práctica. Es decir, para los austríacos las instituciones son entendidas como resultado de procesos de acción social no intencional. En lo operativo, las instituciones se abocan a resolver problemas comunes y contingentes, pero con un conocimiento sesgado y limitado, funcionando sobre la marcha.

La escuela austríaca intenta responder cómo es posible que se produzcan instituciones que buscan el bien político sin una voluntad común orientada a su creación (Cubeddu, 1997, p. 132). Para ello, el individualismo permite seguir la convicción aristotélica de descomponer fenómenos complejos en sus elementos más concretos (Menger, 2006). No se trata de reduccionismo, en el sentido de considerar que la sociedad sea una *colección de individuos*. En efecto, no se renuncia a los colectivos, sino más bien se los entiende desde la perspectiva de su elemento fundamental: el individuo.

Al estudiar las acciones de los individuos también aprendemos todo acerca de los colectivos y la sociedad, ya que el colectivo no tiene existencia ni realidad sino en las acciones de los individuos. El colectivo nace por las ideas que impulsan a los individuos a comportarse como miembros de un grupo determinado y deja de existir cuando el persuasivo poder de estas ideas se desvanece. La única manera de conocer los colectivos es el análisis de la conducta de sus miembros. (Mises, 2012, p. 129)

El individualismo fundamenta el orden colectivo, concebido como el resultado de la conjunción de las acciones emprendidas por individuos. Este individualismo se convierte en una premisa ontológica sobre el orden social y es la base de la filosofía política de Mises y, especialmente, de Friedrich von Hayek. Por lo tanto, es crucial no confundir los alcances del individualismo, estableciendo una distinción entre *lo metodológico* y *lo ontológico-político*. Esto es importante destacarlo en función de que en la obra de Max Weber se presenta un individualismo con un alcance metodológico basado en la interpretación comprensiva del sentido de la acción.

Por el contrario, en la escuela austríaca, con sus diversos autores, se fundamenta en una teoría de la acción humana y una ciencia de la *catalaxia* que da origen a una filosofía del orden social y político indispensable para resguardar la libertad individual. Para los austríacos, los órdenes sociales (el mercado, la moneda, el derecho, el estado, el lenguaje, entre otros) son productos espontáneos no planificados del actuar humano. La premisa fundamental del individualismo ontológico austríaco es que los individuos persiguen únicamente sus propios fines, parciales y sesgados, generando así un orden social espontáneo, emergente y no planificado. Esto se traduce en un tipo específico de Estado y gobierno, así como una filosofía política liberal, que faciliten el desarrollo del orden espontáneo.

Insistamos en el punto de que aquí se observa una divergencia entre las perspectivas de Weber y la escuela austríaca. Para estos últimos, el individualismo no se considera simplemente un método que permita la

identificación de un *sentido* de la acción individual, sino una ontología universal que sustenta una filosofía política. La persecución de fines individuales constituye para los austríacos un punto de partida para sostener que el mercado es el principal y más relevante orden de coordinación social. Este proceso no es deseado ni calculado. Sin embargo, representa el verdadero proyecto social y político que asegura el orden y la libertad.

Una posible crítica al individualismo propuesto por la escuela austríaca es el papel limitado que asigna a la historia y la totalidad. Su perspectiva parece ser abstracta y desvinculada de las vicisitudes históricas particulares, mucho más complejas y enmarañadas. Sin embargo, el historicismo sostiene que, mediante el estudio de los acontecimientos históricos, es posible descubrir su sentido y deducir las leyes que regulan su desarrollo. Como ya señalamos, esta fue la premisa de la escuela histórica alemana criticada significativamente por Menger en las *Untersuchungen* y en *Die Irrthümer des Historismus*⁴ —y que posteriormente Hayek y Popper identificarán como característica de la concepción de la historia del hegelianismo marxista— (Cubeddu, 1997, p. 67).

La crítica a la teleología historicista es un punto de coincidencia entre la sociología weberiana y el pensamiento austríaco. Ambos enfoques rechazan la concepción de la ciencia como una actividad destinada a descubrir las leyes de la historia, con la capacidad de influir en el desarrollo social. Una de las críticas más contundentes a la escuela de economía histórica y al marxismo es precisamente esta visión *manipuladora* de la historia. Según Menger, Mises y Hayek, así como el propio Weber, no es posible deducir *leyes de la historia*. Esta crítica se extiende no solo al hegelianismo, sino también a las perspectivas spenceriana y comtiana, que reducen la historia a un proceso evolutivo basado en la idea de progreso.

La historia es resultado —deseado o no— de la interrelación de acciones mediante las cuales los individuos buscan alcanzar sus finalidades. La historia no es consecuencia de un aporte consciente por parte de los individuos, ni es cognoscible a través de la revelación o la especulación metafísica. En cambio, es considerada como consecuencia emergente de un proceso sin proyecto predeterminado, siendo imposible deducir la *causa primera* que rige al conjunto de los infinitos sentidos individuales. Aunque la historia es una construcción colectiva entre individuos, esto no implica que sea posible deducir las leyes de comportamiento de esta construcción socialmente creada.

⁴ Hay traducción al español de ambas obras (“*Investigaciones sobre el método de las ciencias sociales*” y “*Los errores del historicismo*”) bajo el título *El método de las ciencias sociales*, edición a cargo de Darío Antiseri y Juan Marcos de la Fuente (Menger, 2006).

La escuela austríaca también postula razones gnoseológicas y epistemológicas en contra del historicismo. La historia no solo imposibilita la predicción del futuro, sino que ni siquiera posibilita la formulación de teorías (Mises, 2013; 2018). El análisis histórico, al proceder de manera a posteriori respecto a la conducta humana, la acción y los eventos sociales, no permite el desarrollo de teorías basadas en dicho análisis. La historia solo puede comprender lo particular, lo exclusivo y lo contingente. En consecuencia, la ciencia social en general —y la economía en particular— únicamente pueden desarrollarse como ciencias a priori, alcanzando un conocimiento universal independiente del tiempo y el espacio.

La historia no puede ni probar ni refutar ninguna afirmación de valor general como lo hacen las ciencias naturales, las cuales aceptan o rechazan las hipótesis según coincidan o no con la experimentación. No es posible en ese terreno comprobar experimentalmente la veracidad o la falsedad de una proposición general. (Mises, 2018, p. 39)

Además, la historia nunca llegará a ser una ciencia porque, repetidamente, enfrenta la imposibilidad de construirse objetivamente, en la medida que la estructuración del relato histórico siempre implica una cuestión de *valor*. Siguiendo el mismo argumento presentado por Weber respecto al recorte de la realidad mediante la elección valorativa, Mises sostiene que la historia no es una ciencia porque inevitablemente se convierte en una actividad interpretativa. El carácter idiográfico de la comprensión representa una objeción significativa contra cualquier pretensión universalista de la historia. En tal sentido, Dilthey ya había señalado la imposibilidad de que la historia se constituya como una ciencia exacta, dada su influencia por la subjetividad y la interpretación.

Se ha dicho que el historiador no puede evitar el juicio valorativo. Ningún historiador —ni siquiera el más ingenuo reportero o cronista— refleja todos los sucesos como de verdad acontecieron. Ha de discriminar, ha de destacar ciertos aspectos que estima de mayor trascendencia, silenciado otras circunstancias. Tal selección, se dice, implica ya un juicio valorativo. Depende de cuál sea la filosofía del narrador, por lo cual nunca podrá ser imparcial, sino fruto de cierto ideario. La historia tiene, por fuerza, que tergiversar los hechos: en realidad nunca podrá llegar a ser científica, es decir, imparcial con respecto a las valoraciones, sin otro objeto que el de descubrir la verdad [...] Esas notas individuales y peculiares que, en todo caso, cada evento histórico presenta solo pueden ser abordadas mediante la *comprensión*. (Mises, 2018, pp. 58-59 [cursivas en el original])

El *valor* emerge como un nudo problemático para la historia. Esto ya había sido identificado por Nietzsche: todo lo que se puede decir y experimentar acerca del mundo está condicionado por operaciones de significación, dependientes de una subjetividad que valora. Esta subjetividad valorativa es la que permite cuestionar lo históricamente relevante. Por tanto, la verdad histórica es una construcción, no una verdad objetiva y universalmente válida, sino que está sujeta a la valoración como condición que constituye la representación del mundo. Dicha valoración no se basa en la razón ni en ninguna otra base universal, siendo por tanto contingente y arbitraria. En términos nietzscheanos, la valoración es arbitraria debido a una voluntad de poder.

En su obra *Problemas epistemológicos de la economía*, Mises defiende su posición apriorista al criticar a Weber por su incapacidad para separar sociología e historia. Argumenta que el error weberiano radica en no haber establecido una separación más radical entre ambas disciplinas. Esto lleva a que la sociología quede confinada a una comprensión particular y empírica, sin poder alcanzar un conocimiento universal y abstracto.

16

En la medida en que Max Weber trata de definir el carácter lógico de la investigación histórica; en la medida en que rechaza los intentos de formular leyes históricas; y en la medida en que demuestra, siguiendo los pasos de Windelband y Rickert, la inaplicabilidad a la historia de los métodos que emplean las ciencias naturales en la formación de sus conceptos, podemos estar de acuerdo con él sin la menor duda (...) Pero cuando va más allá y trata de determinar el carácter de la investigación histórica fracasó y tenía que fracasar, porque entendía por sociología algo totalmente diferente de una ciencia nomotética de la acción humana cuya posibilidad constituyó el núcleo de la *Methodenstreit*. (Mises, 2013, p. 133)

Al igual que Mises, Weber sostiene que conceptos como la causalidad, la verificación empírica y el experimento no son aplicables a las ciencias de lo humano y de la cultura. No obstante, Weber se inclina considerablemente hacia un enfoque histórico en su sociología. Esto se refleja claramente en su obra póstuma, *Economía y Sociedad*, donde presenta un extenso conocimiento histórico como base para desarrollar sus conceptos. Para Mises, aunque el trabajo de Weber representa un notable esfuerzo intelectual, su uso de tipos ideales se limita a un enfoque historicista, no universal. Mises busca establecer un fundamento universal para la economía praxeológica y critica a Weber la forma en que utiliza la herramienta de los tipos ideales, no pudiendo alcanzar un nivel suficiente de abstracción y universalidad.

No puede sostenerse que estos conceptos [tipos puros] de la teoría económica se obtengan mediante la *acentuación* unilateral de *uno* o *varios* aspectos y mediante su integración en una representación *conceptual* [...] Por el contrario, se obtienen mediante reflexiones dirigidas a comprender lo que contiene *cada uno* de los fenómenos individuales tomados en consideración. (Mises, 2013, p. 134 [cursivas en el original])

Para Mises, la economía —la cual él considera la rama mejor formalizada de la sociología— construye *tipos ideales* que representan un conocimiento universalmente válido y abstracto, basado en principios a priori y, por ende, independientes de la historia. A diferencia del método seguido por Weber, no se trata de que los tipos ideales se limiten a un solo aspecto o *recorte* de la realidad, sino que aborden la complejidad de cada fenómeno individual. Según Mises, las leyes económicas se deducen de unos pocos axiomas universales sobre la acción humana. Por tanto, la teoría debe surgir de un ejercicio deductivo a priori.

Se puede construir, mediante el método axiomático, una praxeología universal tan general que su sistema abarque no sólo todos los modelos de acción en el mundo en el que actualmente nos encontramos, sino también las formas de acción en mundos cuyas condiciones son puramente imaginarias y no corresponden a experiencia alguna. (Mises, 2013, p. 51)

17

Mises desarrolla un uso propio de los tipos ideales. Según él, tanto la escuela histórica de economía política alemana como la obra de Weber no logran alcanzar un conocimiento universal porque su material no es la lógica y la filosofía, sino el detalle histórico, siempre insuficiente. En otras palabras, Mises no pretende desechar la utilidad del tipo ideal, sino utilizarlo como un instrumento conceptual deductivo a priori. De esta forma, los tipos ideales permiten que la economía alcance un nivel de abstracción y universalidad sin depender de antecedentes históricos específicos. La teoría elabora leyes lógicas nomotéticas, desvinculando la economía y la sociología de la preocupación por sucesos cambiantes y efímeros. A diferencia de Weber, quien construye conceptos ideales inductivamente a partir de material empírico histórico, Mises utiliza las leyes abstractas y universales de la lógica para desarrollar estos conceptos.

En consecuencia, la ciencia económica de Mises no se basa en la *comprensión* o *interpretación* de las acciones, sino en el establecimiento de la acción y sus consecuencias a partir de principios lógicos y deductivos. Este enfoque praxeológico, fundamentado en axiomas universales sobre la

acción y el comportamiento humano, rechaza tanto el historicismo como la hermenéutica. De este modo, la praxeología se opone a la *Verstehen* y al historicismo, cuestión que abre un abismo entre Weber y los austriacos.

V. Orden social y dominación

Estamos aquí en un punto de nuestro argumento donde podemos saltar hacia un segundo eje de trabajo. Hemos recorrido el tema de la distinción entre el individualismo metodológico y el ontológico-político, nivel que nos permite ahora entrar en el campo problemático del *orden social*. El camino es ascendente; desde el sentido de las acciones de los individuos a la vida colectiva.

La teoría de la *dominación* weberiana permite identificar al menos dos ideas clave⁵. Primero, el poder, y en particular la dominación (*Herrschaft*), constituye el eje estructurador de las acciones y relaciones sociales. Segundo, la dominación se distribuye en diferentes niveles, otorgando acceso privilegiado a recursos diversos a individuos y grupos. Estos recursos incluyen la famosa triada weberiana de la clase, el estamento y los partidos políticos. Los recursos que los órdenes de dominación permiten acaparar son: medios de coacción y monopolios relacionados con el acceso al Estado (en el caso de los partidos políticos); medios de producción y posiciones en el mercado (de las situaciones de clase); y acceso a estilos de vida y recursos simbólicos (referidos a los estamentos).

Como ya hemos visto, ciertas acciones o relaciones sociales pueden generar regularidades, es decir, pueden repetirse de manera consistente a lo largo del tiempo, ya sea por parte de un único sujeto o por una variedad de ellos. En este punto se encuentra el núcleo de la teoría del *orden social* weberiano, que se desarrolla a partir de la distinción entre dos tipos: a) la *comunidad*, que se refiere a órdenes sociales basados en relaciones orientadas por motivos afectivos o tradicionales de pertenencia a una colectividad; y b) la *organización* o *asociación* (*Verband*), que se fundamenta en la compensación de intereses racionales (instrumental o de valores). Esta última relación de asociación se da cuando existe una regulación que limita la condición de participante (membrecía) y el mantenimiento del orden queda a cargo de dirigentes, respaldado por una *estructura administrativa*. Toda la crítica a la dominación burocrática moderna parte de esta definición esencial.

⁵ La teoría weberiana de la *dominación* (*Herrschaft*) implica un fenómeno diferente al *poder* en tanto fuerza (*Macht*). El poder en *general* es la capacidad de imponer la voluntad sobre otro, aunque este no lo desee. Esta situación es muy amplia, por lo que Weber guarda el término de *dominio* o *dominación* para aquellas relaciones sociales de poder capaces de perdurar en el tiempo (Weber, 2008).

Tipos más puros de las asociaciones u organizaciones son: a) el cambio racional instrumental en el mercado; b) la unión pactada entre individuos que se asocian con el objeto de alcanzar fines o intereses comunes; c) unión racional orientada por creencias o valores, por ejemplo, las iglesias o sectas que, más allá de estar ligadas por sentimientos afectivos y emotivos, se reúnen para estar al servicio de la *tarea*. De este modo, un orden social de *asociación* u *organización* refleja dinámicas sociales de una empresa, iglesia, gremio, sindicato, partido político, Estado o cualquier grupo donde sus miembros se unen para alcanzar intereses y objetivos que no podrían lograr individualmente.

Consiguientemente, entendemos aquí por *dominación* un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta (*mandato*) del *dominador* o de los *dominadores* influye sobre los actos de otros (del *dominado* o de los *dominados*), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato (*obediencia*). (Weber, 2008, p. 699)

19

Esto permite definir a la dominación (*Herrschaft*) como aquellas situaciones en las que la relación de poder es duradera y estructura de manera visible las diferencias entre los miembros y grupos dentro de una determinada organización. Ahora bien, el *mandato* o la *autoridad* por sí solos no son suficientes para definir la dominación. Esta última no solo implica la autoridad, sino también la *obediencia* relacionada con la *legitimidad*.

En este punto, es importante hacer tres observaciones. La primera es que la dominación estructura los órdenes sociales con una relativa fuerza coercitiva derivada de la legitimidad, lo que es aún más evidente en las *organizaciones*. Una *comunidad* adquiere un carácter más formal a medida que aumenta el grado de dominación, pudiendo transformarse en una *organización* o *asociación* únicamente cuando el cumplimiento y la mantención del orden están asegurados por un dirigente o un aparato administrativo. De este modo, mientras más racional es la dominación, más burocrática y menos amorfa es. Esto significa que el aparato administrativo hace que una organización posea un alto grado de coerción, representando una forma racional de dominación en términos de *racionalidad instrumental*.

El segundo punto es que los órdenes sociales weberianos no son *espontáneos*, tal como lo entiende la escuela austríaca desde Menger en adelante. La principal forma de orden social que Weber tiene en mente está constituida por relaciones sociales de dominación desplegadas en contextos

de autoridad, poder de mando y deber de obediencia. Todos ellos son formas de organización donde el grupo sigue pautas establecidas externamente por quien domina o dirige. Ejemplos de esto son las relaciones de poder ejercidas por el padre de familia, el funcionario burocrático o el príncipe que encabeza el Estado. Cierta tipo de autoridad obliga a los dominados a un *deber de obediencia* con absoluta independencia de los motivos e intereses de los dominados. Este tipo de orden social está estructurado por una voluntad externa de poder, lo que es muy diferente al orden social espontáneo de los austríacos (el orden del mercado o *catalaxia*).

En tercer lugar, Weber distingue el orden del mercado de la dominación propiamente dicha. Su teoría económica y, en consecuencia, su teoría de las clases se basa en la constatación de intereses ligados a situaciones de monopolio y de mercado, en lugar de centrarse en la dominación según su propia definición del término. Weber teoriza las situaciones de clase como formas estratégicas de dominación asociadas a condiciones de clase, especialmente aquellas que son *positivamente privilegiadas*, tanto *lucrativas* como *propietarias*. Estas situaciones de monopolio pueden obstaculizar el libre tránsito en cualquier mercado. Con el objetivo de establecer distinciones analíticas precisas, Weber excluye la dominación económica de su análisis y se enfoca exclusivamente en las relaciones sociales de dominación política. En *Economía y Sociedad*, Weber conceptualiza la dominación únicamente en términos de autoridad política y social, dejando de lado su aplicación al mercado⁶.

VI. Orden espontáneo y emergente

Hayek diferencia órdenes *espontáneos* de aquellos órdenes sociales creados *deliberadamente*. Esto último implica una imposición autoritaria del orden, en una línea muy similar al argumento weberiano del orden social de dominación recién visto, especialmente el tipo de asociación burocrática. En este tipo de órdenes sociales, los miembros actúan en función de una causa común que se dirige desde una autoridad superior. Esto implica que la cohesión del grupo se fundamenta en la división de funciones de acuerdo con los objetivos de los individuos o grupos dominantes, por lo que las normas están diseñadas para cumplir una finalidad específica.

⁶ Por esta razón, a la situación de clase privilegiada en tanto *dominación* en el mercado Weber la denomina *dominación no legítima*, puesto que es una dominación *de hecho*. Es decir, las relaciones de lucha y dominio entre las situaciones de clase no necesitan legitimidad, puesto que son formas de apropiación instrumental de procesos de valorización en el mercado.

Por el contrario, los órdenes espontáneos y emergentes se caracterizan por relaciones entre sus miembros coordinadas mediante reglas abstractas que no persiguen objetivos o fines específicos. De hecho, los individuos pueden seguir intereses muy diferentes y contrapuestos entre sí, e igualmente reproducir el orden social espontáneo. Por ejemplo, el intercambio que comienza con el trueque y prosigue con la moneda permite que no sea necesario colocarse de acuerdo respecto del uso de los bienes que se intercambian o desean. En lugar de una imposición desde una autoridad superior, el sistema se desarrolla y persiste siguiendo la regla abstracta del valor de cambio. Así, se configura como un orden social emergente.

Como vemos, en los órdenes sociales de este tipo los individuos persiguen tanto fines egoístas como altruistas, contribuyendo a la realización de los objetivos de otros cuyos fines específicos pueden ser desconocidos. El orden espontáneo satisface diversos objetivos dispersos que guían la acción de sus miembros. De este modo, expectativas, conocimientos y acciones se coordinan sin un plan unitario o centralizado, sin una única escala o jerarquía de fines (Hayek, 2020, p. 310). El orden espontáneo emerge del reconocimiento de que los seres humanos pueden coexistir y perseguir sus propios beneficios e intereses sin necesidad de especificar o buscar un objetivo común. Este fenómeno representa un salto evolutivo en comparación con sociedades homogéneas, donde los individuos persiguen un único objetivo de manera colectiva y centralizada. En un orden social espontáneo se usa el conocimiento disperso entre sus numerosos miembros sin que este conocimiento, ni los procesos de coordinación y adaptación funcional involucrados, estén controlados o concentrados por una o pocas mentes. Por lo tanto, el grado de poder y control que se puede ejercer sobre estos órdenes espontáneos es menor en comparación con el control que se puede practicar sobre un orden deliberadamente construido.

En un orden espontáneo, no es necesario que las reglas sean *conocidas* o *comprendidas* por los individuos, ni se requiere un control explícito sobre ellas. De hecho, en un orden espontáneo existen muchísimos aspectos sobre los que los participantes no tienen control alguno. Lo que se necesita es que los individuos actúen de manera que su conducta se ajuste a las reglas de comportamiento y coordinación que fundamentan el orden del grupo en su conjunto. Según Hayek, estas normas evolucionan con la sociedad sin necesidad de una planificación consciente (como los principios de justicia y propiedad privada), permitiendo que los individuos operen dentro de un marco suficientemente abierto de libertad personal, lo que resulta en un orden social complejo y autoorganizado. No es necesario que estas reglas sean *verbalizadas*; los individuos pueden seguirlas sin ser conscientes de ello.

La producción y reproducción del orden social espontáneo no constituye un objetivo consciente para los individuos, quienes a menudo carecen de conocimiento sobre el orden global. Es otras palabras, no se requiere “conocimiento de lo que se precisa para preservar o establecer el orden en un momento particular, sino una regla abstracta que guiará las acciones de los individuos” (Hayek, 2021, p. 118). Estas reglas permiten a cada individuo perseguir su propio interés personal mientras se respeta la posibilidad de que otros hagan lo mismo. Las normas no persiguen un objetivo o fin particular. Simplemente, para que el orden espontáneo se mantenga, es necesario que se conserve una estructura determinada de relaciones, o que ciertos elementos (aun en número variable) sigan interrelacionándose de una manera específica o determinada (Hayek, 2020, p. 62).

Hayek emplea un enfoque evolucionista para explicar la persistencia de los órdenes espontáneos a lo largo del tiempo. La selección evolutiva de diversas reglas de conducta individual se basa en la viabilidad del orden que dichas reglas producen. Así, los individuos aprenden a coordinarse para alcanzar sus propios objetivos, adoptando prácticas que perduran debido a su efectividad.

La transmisión *genética* (en gran medida también la cultural) de las reglas de conducta se produce de *individuo a individuo*, mientras que lo que podría llamarse *selección* natural de las reglas opera sobre la base de mayor o menor eficiencia del *orden de grupo* resultante. (Hayek, 2021, p. 116 [cursivas en el original])

Las acciones que demuestran efectividad práctica son las que perduran en el tiempo, lo que convierte la dinámica del orden espontáneo en un proceso de evolución cultural de acciones y reglas análogo a la selección biológica. En este proceso, las rutinas sociales más efectivas para la convivencia y la prosperidad social sobreviven y se transmiten a través de generaciones. La regularidad del comportamiento y la reproducción del orden se explican por el hecho de que los individuos que actúan dentro de estos sistemas lo hacen de manera más adaptada y con mayores posibilidades de supervivencia en comparación con aquellos que actúan de forma diferente (Hayek, 2020).

La única condición es que estas prácticas sean suficientemente abstractas —y no específicas— para permitir que individuos diversos, con intereses divergentes, alcancen sus propios objetivos. El respeto a estas reglas de acción facilita la cooperación entre desconocidos y la coordinación de actividades sin necesidad de una autoridad centralizada. Esto arroja como resultado un orden espontáneo que es más eficiente y adaptable que un

orden diseñado intencionalmente. Así, la sociedad se mantiene mediante procesos de selección que desarrollan reglas que orientan a los individuos a comportarse de manera que se posibilite la vida social (Hayek, 2020, p. 67).

En consecuencia, Hayek (2020) alude a la metáfora del juego —no a la de la lucha o del poder— para describir la situación de coordinación social en el mercado. Se trata de un juego neutral productor de riqueza, que genera que unos ganen y otros pierdan, sin tener que alegarse un carácter moral como la injusta repartición de los beneficios (p. 318-323).

No es preciso justificar moralmente las distribuciones específicas (de rentas o riqueza) que no se han producido deliberadamente, sino que son resultado de un juego en el que se participa porque aumenta las posibilidades de todos. En este juego nadie trata a las personas de manera distinta, y el que el resultado del juego sea muy diferente para las distintas personas es perfectamente compatible con respetar a todos de la misma manera. (Hayek, 2020, p. 320)

La *catalaxia* representa el orden espontáneo y autoorganizado del libre mercado, en el cual las acciones individuales se coordinan para formar precios e intercambiar bienes y servicios sin intervención ni planificación centralizada. De este modo, los individuos actúan de acuerdo con expectativas mutuas, lo que les permite controlar diversos bienes, mercancías y servicios de manera más efectiva que por otros medios (Hayek, 2020, pp. 309-336).

23

VII. Conclusiones

Las conclusiones derivadas de este artículo resaltan las implicaciones del individualismo en la teoría social y política contemporánea, identificando dos tensiones fundamentales. La primera se relaciona con el individualismo metodológico, la comprensión hermenéutica y la valoración neokantiana de la acción humana frente al individualismo ontológico-político que destaca las premisas de los órdenes sociales espontáneos. El enfoque metodológico del individualismo weberiano proporciona una base para vislumbrar cómo la acción social y los contextos culturales permiten estudios contextuales y situados, más cercanos a investigaciones de caso. Esto trae como consecuencia una particular relación con la historia, alejando a Weber de los economistas austríacos. Por otro lado, el individualismo abstracto visto en la obra de Mises tiene una naturaleza abstracta e ideológica, alejada del interés por contextos históricos específicos. A nuestro juicio, esta versión del individualismo posee mayor importancia para cierto tipo de sistemas de ideas liberales. El argumento presente tanto en Mises como en Hayek

INDIVIDUO Y ORDEN EN LA TEORÍA SOCIAL LIBERAL: WEBER, MISES Y HAYEK

permite argumentar contra el colectivismo y la planificación centralizada, al definir la economía de mercado como un sistema eficiente de coordinación de las acciones humanas.

En segundo lugar, desarrollamos el eje problemático ligado a la diferencia entre los órdenes sociales *espontáneos* y los órdenes sociales en tanto espacios de *dominación y legitimidad*. El individualismo ontológico-político de los austriacos prioriza los fundamentos que justifican los órdenes sociales emergentes que son resultado de acciones no calculadas. En ciertas ocasiones, esto puede ofrecer una perspectiva adecuada sobre cómo se forman, funcionan y evolucionan las estructuras económicas y sociales. En otras ocasiones puede llegar a ser confuso, en la medida que algunos casos históricos de implantación del libre mercado —como el propio caso chileno— requieren problematizaciones más profundas. En efecto, no basta con un argumento evolucionista que señale que el libre mercado se implantó en Chile a partir de prácticas eficientes que terminaron reproduciéndose a lo largo del tiempo. Esto podrá servir, según sea el caso, para dar cuenta del funcionamiento o, en su peor versión, como justificación ideológica, pero no necesariamente del origen de determinado orden social concreto.

24

En ese sentido, el caso chileno muestra hasta qué punto las realidades históricas tensionan los conceptos abstractos en la medida que un gobierno autoritario es el que impone un orden social de mercado, siendo esto ya no el resultado de una lógica de orden emergente que sobrevive en el tiempo a partir de sus prácticas eficientes. La implantación del libre mercado en Chile responde más a intereses estamentales o de grupos económicos propios de órdenes sociales de dominación *a lo Weber*, con administración burocrática y procesos de legitimación incluidos. Aunque parece obvio decirlo, el problema de la historia no es una cuestión cien por ciento resuelta de forma abstracta cuando queremos analizar realidades sociales concretas.

Vimos también que el enfoque de Weber enfatiza la acción social y la dominación, proponiendo una concepción más totalitaria y centralizada de la organización social humana. Es importante destacar al respecto que Weber también desarrolla una teoría del mercado como espacio de coordinación social, pero decididamente la aleja de la dominación. Esto hace que su teoría de las *situaciones de clase* en tanto *posiciones de mercado* sea poco sistemática en comparación con su teoría de la dominación, así como muy distinta a la apuesta de la *lucha de clases* marxista. Weber explícitamente señala que la situación de clase raras veces se convierte en una *comunidad* con intereses, grados de consciencia y sentimientos de pertenencia compartidos.

Finalmente, un punto no menos importante —y que merece mayor desarrollo— es el relativo al eje del *valor*. Su tratamiento exige revisar el

problema de la validez y objetividad del trabajo científico cuando la tarea se circunscribe a la selección de valores según el reconocimiento otorgado por una comunidad de sentido. Es conocida la forma en que Weber señala que la ciencia social estudia valores, pero no hace *juicios de valor*, acuñando el término de *neutralidad valorativa* (Weber, 2006). Por su parte, en el final de su monumental obra, *La acción humana*, Mises escribe un elocuente pasaje en el que coincide con Weber, afirmando que la ciencia no puede indicarnos el propósito de nuestra existencia (Mises, 2018, pp. 1041–1045). En ese sentido, tanto para Mises como para Weber, la ciencia puede identificar y analizar los valores que influyen en la acción social, pero no debe prescribir qué valores son correctos o incorrectos. Para Mises, la praxeología —en tanto teoría de la acción humana— es subjetivista y toma en consideración el valor de las acciones de los individuos, pero únicamente los toma como datos, pues su propósito es alcanzar la meta mengeriana de una ciencia universalmente válida. De este modo, la ciencia económica es una ciencia de medios y no de fines, pudiendo explicar cómo alcanzar ciertos objetivos, pero sin señalar concretamente cuáles deben ser estos fines. Estos autores, si bien son subjetivistas, comparten un espíritu de la ciencia que no otorga razones existenciales ni reflexiones éticas a los individuos que estudian. Esta separación de lo *económico* como sistema aislado no es única de estos autores, respondiendo a la separación que tuvo la economía respecto de la filosofía moral.

Referencias bibliográficas

- Cubeddu, R. (1997). *La filosofía de la escuela austriaca*. Unión Editorial.
- Hayek, F. (2020). *Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*. Unión Editorial.
- Hayek, F. (2021). *Estudios de filosofía, política y economía*. Unión Editorial.
- Mises, L. (2012). *Los fundamentos últimos de la ciencia económica. Un ensayo sobre el método*. Unión Editorial.
- Mises, L. (2013). *Problemas epistemológicos de la economía*. Unión Editorial.
- Mises, L. (2018). *La acción humana. Tratado de economía*. Unión Editorial.
- Menger, C. (2006). *El método de las ciencias sociales*. Unión Editorial.
- Menger, C. (2020). *Principios de economía política*. Unión Editorial.
- Reale, G., y Antiseri, D. (2021). *Historia del pensamiento filosófico y científico* (Vol. III). Herder.
- Rickert, H. (1943). *Ciencia cultural y ciencia natural*. Espasa Calpe.
- Rossi, P. (Ed.) (2006). Introducción. En M. Weber (Aut.), *Ensayos sobre metodología sociológica* (pp. 9-36). Alianza.
- Weber, M. (1984). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Sarpe.
- Weber, M. (2006). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu.

Weber, M. (2008). *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
Weber, M. (2010). *Conceptos sociológicos fundamentales*. Alianza.

Datos de financiación del artículo

Los autores declaran que no han recibido financiación para este artículo.

Implicaciones éticas

Los autores no tienen ningún tipo de implicación ética que se deba declarar en la escritura y publicación de este artículo.

Declaración de conflicto de interés

Los autores declaran que no tienen ningún conflicto de interés en la escritura o publicación de este artículo.

Contribuciones de los autores

26 **Osvaldo Blanco:** conceptualización, análisis formal, escritura, redacción y revisión de manuscrito.

Jorge Valdevenito: escritura, redacción y revisión de manuscrito.

Autor de correspondencia

Osvaldo Blanco. oblanco@udla.cl. Universidad de Las Américas, Facultad de Salud y Ciencias Sociales, Chile. Av. República 71, Santiago de Chile.

Declaración de uso de inteligencia artificial

Se utilizó inteligencia artificial generativa (Claude, Anthropic; ChatGPT) para optimizar la corrección formal y fluidez del texto. Las decisiones conceptuales, terminológicas, argumentativas y de estilo de la versión final correspondieron a una intervención completamente humana y son responsabilidad de los autores.